

Cuentos + REDIM

LA FAMILIA QUE APARECE

UNA HISTORIA DE NIÑEZ DESAPARECIDA Y BUSCADORA

REDIM

Red por los Derechos
de la Infancia en México

**Australian
Aid** 



Cuentos + REDIM

LA FAMILIA QUE APARECE

UNA HISTORIA DE NIÑEZ DESAPARECIDA Y BUSCADORA

REDIM

Red por los Derechos
de la Infancia en México

Cuentos REDIM
La familia que aparece

Una historia de niñez desaparecida y buscadora

Dirección Ejecutiva:
Tania Ramírez Hernández

Coordinación Ejecutiva:
Valeria Geremia

Autoría:
Nuria Gómez Benet

Investigación y asesoría editorial:
Estefanía Isabel Landa Jaurez

Ilustraciones:
Leslie Rivas Carrera (Architeuthis)

Agradecimientos:
Rebeca Aguayo Sánchez

Impresión:
La Liga Comunicación

Red por los Derechos de la Infancia en México Av. México Coyoacán Núm. 350, Col.
General Anaya, C.P. 03340, Ciudad de México
www.derechosinfancia.org.mx
Twitter: @derechoinfancia
Facebook: [derechosinfancia.org.mx](https://www.facebook.com/derechosinfancia.org.mx)
Instagram: redim_mx

Primera edición 2023 © Se autoriza la reproducción total o parcial de esta obra siempre y cuando sea para fines no lucrativos y se cite a la fuente. Impreso y hecho en México.

This publication has been funded by the Australian Government through the Department of Foreign Affairs and Trade. The views expressed in this publication are the author's alone and are not necessarily the views of the Australian Government.

INTRODUCCIÓN

Niñas, niños y adolescentes representan la tercera parte de la población en México. De acuerdo con el Censo 2020, 38.3 millones de las personas en nuestro país tienen entre 0 y 17 años. Pese a esta evidencia, sabemos que no es la tercera parte del presupuesto, ni de la acción pública, ni de la atención de la sociedad la que se dedica a niñez y adolescencia. Ellas, ellos, elles viven a menudo la invisibilidad y discriminación de una sociedad adultocéntrica que piensa y organiza el mundo sin considerarles ni escuchar sus voces e historias.

Todos estos niños y niñas representan un universo en sí mismo. Diversa, como es, la humanidad también lo es en esta etapa de la vida: niñez y adolescencia indígena, jornalera agrícola, con discapacidad, afromexicana, buscadora, neurodiversa, trabajadora, rural y urbana, sexualmente diversa, etc. componen un país lleno de desafíos para crecer y desarrollarse, pero también con una enorme capacidad.

Debemos aprender a observar, dimensionar y atender a las niñeces y adolescencias con un enfoque de derechos y respetándoles en toda su diversidad; reconociendo que la igualdad –ese principio básico de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Convención de los Derechos de la Niñez y nuestra propia Constitución– podrá alcanzarse siempre que esto se considere para garantizar su vida, supervivencia, desarrollo y participación.

Con esta serie de cuentos, REDIM y la Embajada de Australia hemos querido acercarnos a la realidad que viven niñas, niños y adolescentes a quienes no siempre miramos. Niñez y adolescencia desaparecida y buscadora; con discapacidad sicosocial; e indígena jornalera agrícola componen esta serie de cuentos que esperamos sean muy disfrutados y usados por la chaviza y los colectivos y organizaciones que les acompañan.

1.- SANDRA Y YO

Ahí, a media banqueta por nada y me pongo a llorar:
—¡Es que yo quisiera que viviéramos en la misma casa, como antes!

Mi mamá y mi papá se habían divorciado.

Sandra se subió los calcetines de rayas, que ya se le habían caído otra vez:

—Pues sí, Saúl, pero no podemos hacer nada. Nos tenemos que acostumbrar, hermanito.

Me abrazó y seguimos caminando por las calles de Tlacolula, hasta la escuela, como todas las mañanas. Nunca me imaginé que pudiera ser la última.

Ya en el salón me quedé pensando por qué las cosas en mi casa tenían que ser así.

—¿Por qué mi papá se fue a vivir hasta Piedras Negras? ¿Por qué mi mamá ahora trabaja más en la clínica y no viene a recogernos a la escuela? ¿Por qué cada vez que hablan por teléfono se gritan? ¿Por qué están tan enojados?

Puras preguntas y ninguna respuesta. Por lo menos me quedaba Sandra, que siempre me escuchaba. Ella tiene catorce años y yo nueve, pero es tan chaparrita que estamos de la misma altura. Es flaca, flaca, como yo. Tiene el cabello y los ojos del mismo color que yo. A veces la gente cree que somos gemelos. Pero también somos distintos: a Sandra le fascina andar en su patineta, ica si vuela! Hace giros y acrobacias increíbles que a mí ni de relajo me salen. Yo prefiero andar en bici.

Sandra es muy despistada, yo en todo me fijo. Esos juegos de buscar las diferencias los resuelvo rapidísimo; y si a Sandra se le pierde algo, yo siempre lo encuentro. No le hace que sea una chamarra, una pluma o un aretito del tamaño de una hormiga.

A mí me gustan varias materias, Ciencias sobre todo. Sandra prefiere Educación Física. La verdad no es muy buena para la escuela; seguido discute con mi mamá por las calificaciones y los reportes que le ponen. Yo sé cómo le está costando trabajo pasar cada mes en secundaria.



Pero no creo que por eso se haya ido así, sin avisarnos, como dice la gente. Ni que se haya escapado con un novio secreto, ni que ella sola haya planeado irse, ni que ande por ahí, viviendo con alguien, sin contestarnos el celular ni los mensajes. La gente no sabe. Sandra es mi hermana, ella y yo somos como un par de calcetines que se pueden separar, pero siempre se juntan de nuevo. Es mi hermana y nadie la conoce mejor que yo.

2.- POR NINGÚN LADO

Ese mismo día la estuve esperando al terminar las clases. Nunca salió. Entré a buscarla a su salón, luego fui por todos los demás, los de arriba, los de abajo, la cancha, las oficinas... y ni sus luces.

—¿No has visto a mi hermana? ¿No has visto a mi hermana? ¿Sandra no está por ahí?—pregunté a cada persona que se me atravesó. Y nada. Sus compañeros me dijeron que había faltado ese día.

—¿Cómo va a ser? Si llegamos juntos en la mañana. Yo subí a mi salón y ella se entretuvo con unas personas que le preguntaron algo.

Fue espantoso. Nadie sabía nada de ella. Sandra no estaba donde debía de estar.

El director le habló a mi mamá por teléfono y le avisó que no la encontrábamos:

—*¿Con quién puede haberse ido, señora Enoé? ¿Con algún amigo? ¿El novio? ...Sí, pero a lo mejor sin que usted supiera... ¿Tenían problemas en casa? ¿Discutieron? ¿Se pelearon?... Bueno... no se preocupe, así son de adolescentes; debe haberse ido por ahí. Ya regresará.*

Tampoco el director conoce a Sandra. Me da mucho coraje que inventen, sin saber que ella nunca nos haría eso. Yo digo que la tienen que haber obligado, pero nadie me cree. O al menos nadie me creía.

Esa tarde me dijo mi mamá que me fuera a la casa, por si llegaba Sandra; que ahí la esperara. Me pasé horas en la puerta, caminando en la banqueta de enfrente, mirando por la ventana, entrando y saliendo, viendo en la tele las noticias, a ver si algo decían... Hasta que me quedé dormido con la misma pregunta entre ceja y ceja: —**Hermanita, ¿dónde estás?**

Mi mamá regresó tardísimo, apagó la tele y me echó una cobija encima. Desperté asustado:

—*¿Eh? ¿Qué? Mamá, ¿encontraste a Sandra?*

—*No, m'hijo. Pero a lo mejor se fue con tu papá a Piedras Negras.*

—*¿Tú crees?*

—*No te preocupes, seguro ha de andar en el autobús, de camino. A lo mejor llega con él en la mañana —y me dio un beso—. Duérmete.*

Pero yo no le creí. Se notaba que había llorado, que estaba nerviosísima. Muchos días después supe que había ido a la policía. Le dijeron (otra vez!) que seguro Sandra se había escapado con el novio, que a lo mejor se había ido de la casa enojada, que a lo mejor ya no quería vivir con nosotros, que seguro iba a volver en unos días, que nos esperaríamos.

Desde ese día ya nada fue normal. Tampoco era normal que Sandra se hubiera ido con mi papá. ¿Por qué? Y menos sin habérmelo contado. Ella y yo siempre nos platicamos todo.

3.- BICHO RARO

Tempranito oí a mi mamá en su recámara hablando por teléfono con mi papá; ese sonido de cuando hablan quedito, pero del puro enojo se oye todo:

—*¿Fuiste a la terminal?... ¿Cómo que para qué? ¡Para ver si llegaba, Mario! Para ver si alguien la vio... Mmm... No, por acá tampoco ha aparecido... ¿Cómo voy a saber? ...Pues nada, me voy a poner a buscarla. Dicen que no tienen idea si hay un protocolo, no saben qué hay que hacer... Que hasta que se cumplan no sé cuántas horas de que no aparezca, pero yo no puedo quedarme esperando.*

Avisó en el trabajo que no iba a poder ir. A mí me dijo que se iba a ir a buscar a Sandra. Y... ¡me mandó a la escuela! ¡Con las ganas que tenía yo de ir! Yo lo que quería era buscarla también. Sandra es mi hermana. Parecía que a mi mamá se le había olvidado ese pequeño detalle.



Cuando llegué al salón, ya todos se habían enterado. Hablaban en grupos, quedito:
—¿Quién sabe en qué andaré metida? No parecía, pero...
—Seguro se escapó con el novio.
—O anda en cosas raras...

Cuando entré, todos se callaron. Luis me dio unas palmaditas en la espalda, pero no me dijo nada. Entró la maestra y empezó la clase. Yo todo el día sentí que para los demás me había convertido de repente en un bicho raro.

En el recreo nadie se me acercó. Oí a dos de los compañeros de Sandra:

—¿Cómo está eso de que Sandrita desapareció?
—Así como lo oyes, desapareció. Quién sabe en qué andaré metida...
—¡Shh!, cállate. Ahí está su hermano.

Me acerqué enojado:

—Para que lo sepan, mi hermana no desapareció sola, ¡la desaparecieron!, que es distinto. Alguien la tiene que haber obligado. Nada más para que lo sepan.

—Naa... Si andaba con los patinetos... Se ha de haber ido por ahí de...

¡Se pasó! Yo sentí que la cara se me ponía roja de coraje y ¡que me le voy encima! Llegaron a separarnos y terminamos el día en la oficina del director.

Yo así no quería seguir yendo a la escuela, pero tampoco quedarme en la casa. Quería ayudar, saber todo lo que estaba pasando. ¿Por qué no me llevaba mi mamá con ella? Si soy muy bueno para buscar cuando algo se pierde... Pero eso parece que también se le había olvidado.

Pasaron tres días. Mi mamá no me contaba nada. Se iba temprano, regresaba muy noche.

Apenas me hablaba:

—Ni comiste, Saúl.

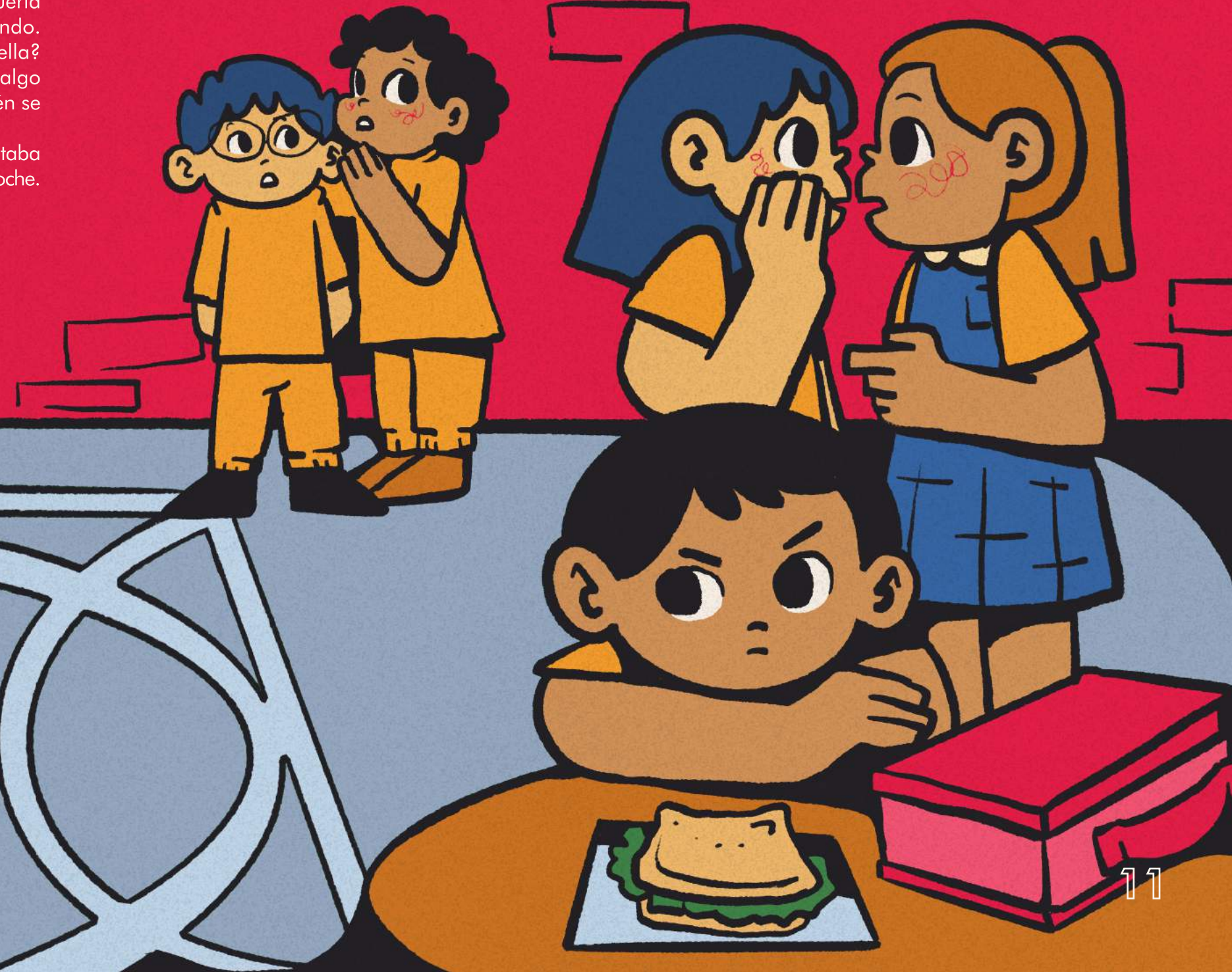
—No tengo hambre, mamá.

—¿Dormiste bien?

—Regular. Otra vez tuve pesadillas.

—No pasa nada, m'hijo, no te preocupes.

Verás que pronto aparece tu hermana.





Hasta ahí. No me contaba por dónde la andaba buscando, ni con quién, si tenían alguna pista, su mochila, su ropa... algo. Como si ella creyera que yo, por ser más chico, no me daba cuenta de nada. Me pasaba la tarde mirando la cama de Sandra, siempre tendida, con la almohada en su lugar, las cobijas a toda hora lisitas, lisitas. Su patineta, con las ruedas patas pa' arriba en un rincón.

Una noche me desperté de nuevo con pesadillas y me pasé a su cama. Debajo de la almohada encontré su pijama de flores moradas. Olía como ella. Su olor se me metió por la nariz directito al corazón. La olía y aparecía Sandra sonriéndome, subiéndose las calcetas, volando en su patineta con el cabello al aire, con esa cara que hace cuando se concentra en una acrobacia nueva para que le salga. Olía a caminar abrazados por la calle, con las mochilas a la espalda, a Sandra revolviéndome el cabello de camino a la escuela.

Entonces sí me solté llore y llore y llore. Sin parar. Mi mamá me escuchó y vino a ver qué me pasaba.

—¿Pues qué me va a pasar, mamá? —le contesté todo mocoso—. Que extraño a mi hermana, que ya no quiero ir a la escuela sin ella. ¡Que quiero que la dejen regresar! —me soné con el último pañuelo de la caja.

Le expliqué lo que pasaba en la escuela, que me había yo convertido en un apestado de la noche a la mañana. Además le pregunté que si a ella le daban permiso de faltar a su trabajo para buscar a Sandra, ¿por qué no pedía permiso en la escuela para que yo pudiera ir con ella también?

—No se puede, Saúl. Estás muy chico para esas cosas.

—¡Pero es mi hermana, mamá! Yo soy su hermano, andamos juntos siempre. ¿Por qué no puedo buscarla también? A lo mejor la encontramos más pronto si voy. Además ya casi cumpla diez.

—No, m'hijito. De ningún modo. A ti no te toca buscarla; lo que te toca es ir a la escuela.

—¡Para eso a ti te toca ir al trabajo, mamá! —le contesté de golpe—. La debería de buscar la policía. ¿No?

Mi mamá salió furiosa del cuarto y me dejó un portazo retumbando en las orejas. Peor quedé: encima de triste, enojado.

4.- MAMÁ A LA PUERTA

Cada noche que llegaba mi mamá era lo mismo: no me contaba nada, luego yo le preguntaba por qué no podía ir con ella a buscar a Sandra, ella me contestaba que no porque estaba muy chico. Luego, uno de los dos daba un portazo, y hasta el otro día.

Empecé a averiguar en internet cómo le hace la gente que anda buscando a alguien de su familia que ha desaparecido, como Sandra. Ahí van: mamás, hermanas, papás, tíos, primas y hasta abuelitas. Buscan en los terrenos, en el campo, le exigen al gobierno que busque y encuentre a las personas. Hacen manifestaciones, imprimen camisetas, volantes, carteles con sus fotos. Las pegan por todos lados... ¡Hasta encontré un grupo donde iban también dos o tres como de mi edad! Esa noche se lo conté a mi mamá:

—**Sí se puede, mira —y se lo mostré. Ella se enojó: —Una cosa es que se pueda y otra cosa que sea bueno para ti. No sabes lo que dices.**

Discutimos y me fui a acostar otra vez con un portazo en los oídos. Luego la oí llorando, hasta que me dormí.

Nada que ver con lo que escuché a la mañana siguiente:

—**Toroc, toc, toroc —los dedos de mi mamá, como un perrito, rascaron la puerta—. Saúl ¿puedo entrar?**

—**Mhm —respondí debajo de las cobijas.**

—**Me voy a la escuela contigo.**

—**¿Cómo? ¿Por?**

—**Quiero pedirle al director que te dé permiso de faltar, para que vengas conmigo a buscar a tu hermana.**

Me le colgué al cuello emocionado.

—**Te advierto que no va a ser tan fácil. Vas a tener que convencer a mucha gente con argumentos como los que me diste ayer. Y si no te dejan... no te dejan.**

—**Gracias, ma —me quedé pensando que aunque fuera lo más difícil del mundo, eso era lo que yo quería.**

De camino a la escuela me dijo que sí, que buscar a Sandra le toca principalmente a la policía, pero la policía no actúa rápido, que es lo más importante para encontrar bien a las personas.

Por eso mi mamá se reunió con uno de esos grupos que apoyan a la gente que necesita buscar a alguien, y que no se pueden quedar sin hacer nada mientras la policía resuelve a su modo.

—**¿Y mi papá? —se me ocurrió—. ¿Por qué no le hablo? A lo mejor él también quiere venir a buscar a Sandra. Es nuestro papá y lo va a ser siempre. ¿O no nos dijeron eso cuando se iban a divorciar?**

5.- PARA CONVENCER

Mi mamá se quedó callada. Puso esa cara que pone cada vez que hablamos de él. Entre sombra de tristeza y cejas de enojada. Pero en la noche me dijo que sí, que le hablara a mi papá, a ver si quería venir también.

Sí estuvo difícil. Varias de las personas del grupo de buscadores se enojaron cuando me vieron llegar con mi mamá.

—**¿Es tu hijo? ¿Para qué lo trajiste? —dijo Efrén, el que busca a su hermano Josué. Laura, la que busca a su hija Amparo movió la cabeza:**

—**No está en edad para entender estas cosas, Enocé. Mejor te lo llevas de regreso. Le puede afectar mucho, pobrecito.**

Doña Chayito, la más aguantadora del grupo, la que busca a su nieta Eveliss, se quedó callada, callada, acariciándome la cabeza

Mi mamá, en vez de responder, me señaló:

—**Sólo quiero que lo escuchen. Él tiene algo que decir a todo esto —entonces se me quedaron viendo.**

Respiré profundo y les dije lo que había estado pensando para convencerlas. Les dije que miraran

mi camiseta. Y mis pantalones. Y mis tenis. Que intentaran meterse en ellos por un minuto y sentir lo que yo siento. Yo, que soy el hermano de Sandra y que no la puedo buscar.

Yo, que tengo que aguantar en la escuela todo el día el dolor de no encontrar a mi hermana, y el dolor de no poder hacer nada. Yo, que tengo que escuchar mil veces que mi hermana seguro se fue por ahí porque no servía para la escuela, que se fue con el narco, que se fue con un novio secreto que nos tenía escondido. Yo, que en la noche no duermo, que en el día no quiero comer, que lo único que tengo de mi hermana es el olor de su pijama, que no quiero hacer nada de nada más que buscarla. Yo, que voy a ver cosas horribles si vengo con ustedes, pero que prefiero eso a ver que no hago nada. Eso les dije.



Algunas personas se miraron entre ellas y parecía que me entendían. Otras le dijeron a mi mamá que me tenía que proteger de lo que pudiéramos encontrar. Que mejor me dejara en la casa. Pero ella se plantó:

—Si ustedes permiten que venga Saúl, yo me hago responsable de ayudarlo con lo que pueda ver o sentir. Pero por favor, consideren lo que dice. Tiene derecho de buscar a su hermana.

Al final decidieron votar y la mayoría decidió que sí, que podía yo ir... y a ver qué pasaba. Eso sí, me pusieron una condición: que no me separara de mi mamá. Sólo hasta donde ella pudiera verme y escucharme. Doña Chayito y Perla, la que busca a su esposo Duilio, le dijeron a mi mamá que ellas también podían cuidarme, que también andarían a ratos junto a mí.



Así empecé a caminar cerca de ellas. Mi mamá llevaba una barreta para golpear el suelo. Juntos aprendimos a escuchar si sonaba macizo o hueco, a sentir si la tierra estaba compacta o floja. Nunca habíamos caminado tanto juntos mi mamá y yo, siempre cuidando de vernos el uno al otro, de llamarnos y respondernos. Eso, la verdad sí me gusta.

6.- EL PARIENTE DEL MAPACHE

Mi papá llegó de Piedras Negras. Alguien había visto a una muchacha muy parecida a Sandra, viajando con otras dos personas en un autobús que iba a Michoacán. Para allá nos fuimos entonces y nos pusimos a buscar los tres con el grupo, en un bosque. Me dieron permiso de andar también cerca de mi papá.

Ya casi al final del primer día, poco antes de que empezara a oscurecer, él y yo bajamos por una cañada. Al fondo vi un montoncito de basura: cáscaras de fruta revueltas con plástico y latas. Iba a llamar a mi papá, cuando vi que algo se movía. Me quedé espantado, hasta que me di cuenta de que era un animalito con la cola larga, larga, de rayas, que estaba comiéndose unos gajos de naranja. Tenía los ojos muy brillantes y las orejas como las de un gato. Cuando llamé a mi papá, el animalito se espantó y salió corriendo. Se trepó rapidísimo por el tronco de un árbol, con la cola rayada bailando detrás.

Se subió muy alto, pero yo sentí que me estaba mirando desde arriba, que me seguía. Se pasaba de un árbol a otro, corría por la hojarasca, me veía con sus ojotes. Siempre cerca, siempre cerca. Creo que tenía curiosidad de saber qué estábamos haciendo ahí una bola de personas escarbando la tierra, mirando a lo lejos con binoculares, revolviendo como él la basura. A lo mejor se dio cuenta de que nosotros no estábamos buscando cascaritas de naranja.

Cuando en la reunión del fin del día les conté lo que había visto, alguien dijo que seguro era un cacomixtle, un mamífero, pariente de los mapaches, que al

oscurecer sale a cazar y a buscar comida. Me gustó muchísimo. No sólo porque estaba bonito, sino porque sentí que de algún modo me entendía, que me andaba acompañando. No sé, pensé que tal vez él también tenía a alguien que no aparecía por ninguna parte. O no sé, a lo mejor él también extrañaba a su hermana.

7.- ¿UNA PISTA?

Desde entonces me guardaba algo de la comida para darle: un pedazo de plátano, unos gajos de mandarina, un cachito de tortilla. Me sentaba muy quieto, casi al terminar el día, cerca de mi papá o de mi mamá, junto a los árboles. Como si me estuviera esperando, siempre aparecía el cacomixtle. Me fue agarrando confianza. Primero le dejaba yo la fruta lejos y lo llamaba con un sonido quedito:

—Chuchi-chu-chuchichuchi... ten, te traje comida... —me escuchaba y aparecía.

Poco a poco le fui poniendo la comida más cerca:

—Chuchi-chu-chuchichuchi...

Hasta que una tarde llegó a comer de mi mano. Masticaba y se me quedaba viendo, como si quisiera preguntarme algo. Entonces yo le empecé a platicar. Le dije cómo nos llamábamos todos, le conté lo que hacíamos por ahí. Paraba las orejas y me miraba con sus ojotes, como si quisiera aprender a hablarme. Cuando le dije que extrañaba a mi hermana, yo no sé si sintió mi tristeza o qué, pero se acurrucó junto a mis pies. Ese fue el primer día que se dejó acariciar.

Entonces le puse nombre: Chuchi, Chuchi Cacomixtle. Yo creo que sí le gustó.

El día que le enseñé la foto de Sandra, pasó algo muy raro. En vez de acercarse a mis pies, o de acurrucarse, Chuchi se le quedó viendo con los ojos todavía más abiertos, sin despegarle la mirada, y luego... ¡salíó destapado corriendo hacia el bosque!

Me quedé curioso. Conté en la reunión de final del día lo que había pasado, pero nadie creyó que fuera importante. Yo quise comprobar que no fuera sólo una casualidad; así es que a la otra tarde, cuando vino Chuchi, volví a desdoblar la hoja con la foto de Sandra. Otra vez se le quedó mirando con esos ojotes, luego volteó a verme por un instante y... ¡de nuevo salió corriendo exactamente hacia el mismo lugar! Sólo alcancé a ver su cola de rayitas que se perdía, allá lejos. Pasaron varios días así, hasta que Chuchi hizo todavía algo nuevo: cuando llegaba, en vez de ponerse a comer lo que yo le traía, se me acercaba como si quisiera decirme algo. Chirriaba y resoplaba entre los dientes, y como que se ponía de nervios, dando vueltas a mi alrededor. Se iba hacia donde siempre, pero de repente se paraba, y volteaba hacia atrás, como esperando que yo fuera también por ahí. Así que le dije a mi papá:

—**Pa, creo que Chuchi quiere que vaya para allá...**
—**Acuérdate que no puedes separarte de mí, Saúl.**
—**Entonces vamos, ven conmigo.**
—**Yo tengo mi ruta, hijo. No puedo. Además ya va a oscurecer. En unos minutos nos vamos.**
Y no pude ir, pero Chuchi no se iba a rendir tan fácil.

8.- EL CALCETÍN

Al otro día Chuchi Cacomixtle nos trajo una gran sorpresa. Yo venía junto a mi mamá, cuando se nos apareció:

—**¡Chuchi! —saqué de mi bolsillo un pedazo de naranja. Pero no se acercó a comer. Nos miraba, haciendo ruiditos como si quisiera decirnos algo.**

Cuando se acercó nos quedamos con la boca abierta: su cola parecía haber cambiado de color. En vez de tener rayas claras y oscuras ahora eran blancas y moradas. O eso parecía.

Mirando más de cerca nos dimos cuenta de que... ¡traía puesto en la cola un calcetín de Sandra! Lo reconocimos enseguida: era el que traía puesto aquella mañana, mientras íbamos a la escuela. El que tenía el resorte flojo y se le bajaba a cada rato. Enseguida llamamos a mi papá. Llegó corriendo y le enseñamos el calcetín de Sandra. Los tres nos abrazamos fuerte, con muchísima emoción. Era lo primero que encontrábamos de ella. Mi hermana había estado por ahí... a lo mejor todavía estaba cerca. ¿Estaría viva? Quién sabe si ella misma le había puesto el calcetín en la cola a Chuchi... Pero a lo mejor no. Quién sabe si Chuchi lo había encontrado tirado por ahí... ¿Se lo habría podido poner en la cola solito? ¿O quién se lo pondría?

Entonces hice algo que me nació así, de pronto. Me quité el zapato de un pie, me quité un calcetín... y muy despacio, como con respeto, me puse el de Sandra. Lo acomodé suavemente en mi pie y me sentí un poquitito más cerca de mi hermana, de mi par. Cuando alcé la cara me di cuenta de que estaba yo sonriendo.

—**Grrriiiffff, grrifff —Chuchi algo dijo—. Yo le entendí que estaba feliz.** En ese instante, casi sin pensarlo, le puse en la cola el calcetín que yo me había quitado. Se dejó perfecto. En cuanto lo tuvo bien puesto, se arrancó corriendo y corrió con él hacia donde se iba todos los días. Entonces sí, llamamos al grupo y por fin me hicieron caso: al día siguiente seguiríamos buscando hacia donde Chuchi siempre corría.

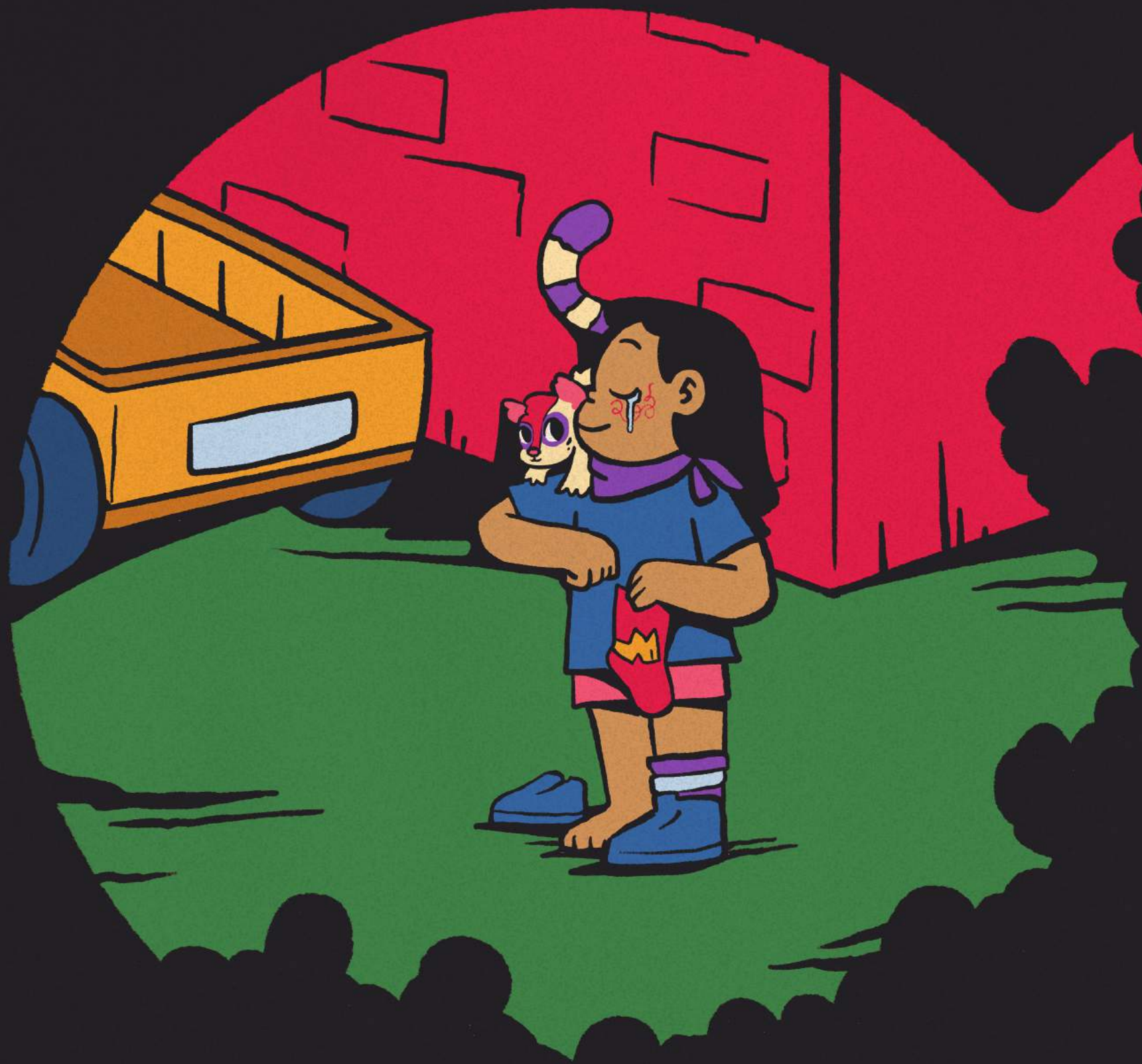
9.- LA AMIGA DE CHUCHI

Chuchi apareció muy temprano. En cuanto llegamos lo encontramos esperándonos.

—**¡Órale! —mi papá se rio—. Ahora sí que madrugó Chuchi.** A estas horas debería estar durmiendo en su madriguera.

Pero estaba ahí, con nosotros para empezar la búsqueda del día. Siempre fue adelante, subiéndose y bajándose de los árboles, como para ver mejor la ruta que llevábamos.





De pronto, a lo lejos mi mamá vio una casa. Perla, con sus binoculares, descubrió gente armada en el camino que daba hasta allá. Chuchi miraba desde lo alto de un pino enorme, inmóvil, sin dejar por un instante de ver la casa. De repente hizo:

—**Aggffghí, agffghí, affgghíí.**

Yo entendí que decía algo como: “Ahí, ahí”, y señalaba con su hocico hacia un lado de la casa. Nadie más captó eso —yo creo que porque ya son grandes y a Chuchi no le entienden igual. Supieron lo que decía hasta el mero momento en el que vimos a Sandra salir por la puerta de atrás de la casa.

¡Ahí estaba! ¡Ahí estaba mi hermana! A dos semanas de haberla visto la última vez, la teníamos enfrente. Se nos puso la piel chinita, se nos salieron las lágrimas de emoción, pero nos quedamos callados. Sandra venía con alguien que la estaba vigilando. Traía los mismos shorts y la playera que cuando la desaparecieron, ¡pero traía un calcetín suyo y el otro mío!

Igual que yo. Seguro que lo había reconocido: era el cafecito de Pokemon Escudo. Seguro ya sabía que andábamos cerca, que la estábamos buscando. Chuchi bajó del árbol y se subió a mi hombro.

Efrén y Laura se fueron de volada a donde hubiera señal de los celulares, para llamar a la policía. Teníamos que rescatar a mi hermana. Los demás nos quedamos ahí, vigilando. Al rato, a Sandra la volvieron a llevar adentro de la casa. Antes de que la metieran, volteó para todos lados, como si quisiera ver dónde andábamos nosotros. Chuchi bajó corriendo y se le subió en el hombro, igualito que le hacía conmigo. Sandra lo acarició y se lo llevó con ella adentro de la casa.

10.- EL PALIACATE

Como a las cuatro horas, escuchamos el motor de una camioneta que se encendía. No se veía desde donde estábamos. Mi papá y mi mamá me dejaron con el grupo y bajaron corriendo hacia la parte del camino que no se veía. La camioneta arrancó, mi mamá, escondida entre los árboles, sin que nadie la viera, alcanzó a tomar varias fotos donde salían las placas. Chuchi llegó corriendo conmigo, temblaba de susto. Tardó mucho rato en dormirse dentro de mi chamarra.

Hacia: —Mffgrrm, mffgrrm —así, quedito. A mí me pareció como que lloraba.

Ya casi oscurecía cuando llegaron las camionetas de la policía. Se bajaron como diez personas, como en las series de la tele, con radios, cascos, armas. Entraron, revisaron el lugar de arriba abajo, hasta que se aseguraron de que no había nadie. Entonces nos dijeron que podíamos bajar.

Ya se habían llevado a Sandra. Mi papá encontró un paliacate suyo amarrado a una ventana. Se lo dio a mi mamá.

—**Es mejor que lo tengas tú, Eni** —le dijo, ¡y la abrazó! Yo me ilusioné con que se besaran, o algo así. Podía ser, al fin todo parecía como de película. Pero no. Entonces me acerqué, para abrazarme con ellos. Mi mamá me revolvió el cabello con el paliacate de Sandra.

Por lo menos entre ellos ya no estaban tan enojados. Ojalá que les durara.

11.- CON LA MISMA PINZA

Ya pasaron siete días de eso. Nosotros no hemos dejado de buscar a Sandra: mi papá, mi mamá, Perla —que hasta empezó a llevar a su hija, para que también buscara a su papá—, Efrén, Doña Chayito, Laura, Mauricio, Abigail, Andrés, Jenny... como una familia nueva.

Con las fotos que sacaron mis papás, la policía investigó la camioneta. Resulta que se la robaron a una mujer en Morelia. Ella hizo un retrato hablado de quien se la robó. Yo no pierdo la esperanza de que encuentren a esa gente. Y a Sandra, claro.



El grupo decidió adoptar a Chuchi Cacomixtle para que siga ayudándonos a buscar a Sandra, a Eveliss, a Duilio, a Josué, Amparo y todas las personas a las que alguien ha desaparecido. Chuchi está feliz. Se fija bien cuando le hablamos, sobre todo si somos niñas o niños, que le entendemos mucho mejor. Ha cambiado. Las rayas de su cola se le están poniendo un poquito moradas y blancas, como si se le hubiera quedado marcado el calcetín de Sandra.

Yo uso siempre un calcetín mío. Le digo Saúl. En el otro pie me pongo el de mi hermana, que es Sandra. En la noche los lavo, los exprimo bien, bien, bien, los tiendo juntos, con una misma pinza, y digo:

—Tú eres mi par, hermana. Yo soy tu par. Alguien nos tiene separados, pero como sea y donde sea, yo estoy contigo y tú estás conmigo. Hermana. Sandra.

Así los dejo secándose juntos en la noche. Temprano, con mucho cariño, cada mañana me los vuelvo a poner.

Algunas otras personas de mi familia nueva también han empezado a hacer lo mismo.



✦
Manual de +
+ actividades
✦



1.- Para pensar en tus propias palabras.

a) Vuelve a leer la página 8 del cuento ¿Cómo crees que te sentirías si te pasara lo mismo con tu hermana, con tu hermano, o con alguien a quien quieres mucho?

¿Qué harías?

b) Vuelve a la página 14. ¿Tú crees que Saúl debía ir con ellos a buscar a su hermana? ¿Por qué? Platícalo con tu grupo.

c) ¿Quién crees que debe ser responsable de buscar a las personas cuando alguien las “desaparece”? ¿En qué orden los pondrías? Decídelo con tu grupo

☐

La policía

☐

El gobierno

☐

Su familia

☐

Sus maestros o superiores en el trabajo

d) ¿Qué le dirías a Saúl si fueras Chuchi y quisieras ayudarlo?

2.- - ¿Qué va primero y qué después? Cuando alguien no está donde debe estar, esto es lo que hay que hacer.

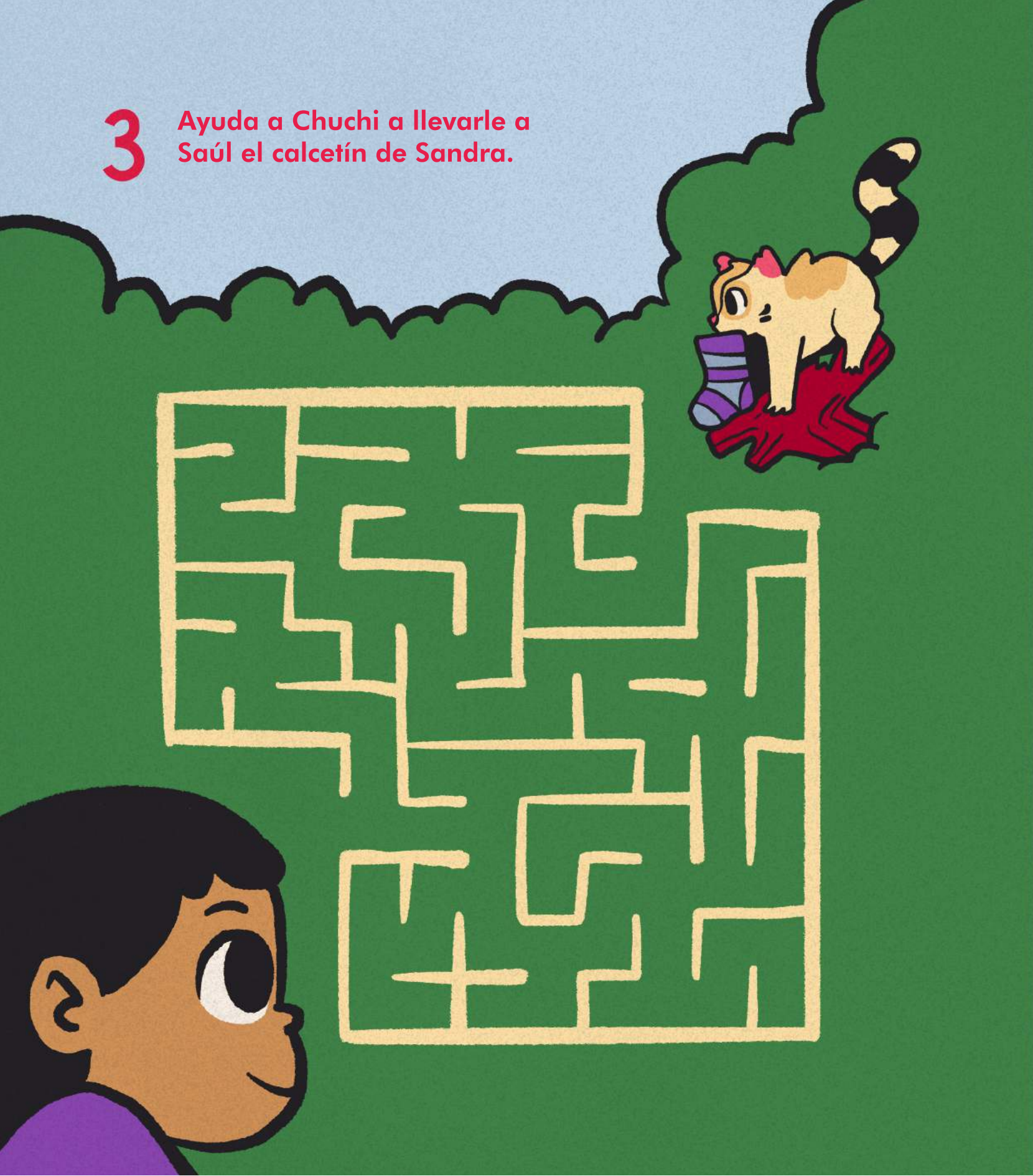
1	Haz la denuncia de desaparición en la fiscalía de tu estado, o llama para hacer una denuncia a la Comisión Nacional de Búsqueda: 8000287783 (las 24 horas) . NO es necesario esperar 72 horas para hacerla . Pide copia de todos los documentos, para dar seguimiento.
2	Para la denuncia, ten a la mano la información del último lugar en donde vieron a la persona desaparecida: sexo, género, estatura, peso, señas particulares, complexión, color de piel, de ojos, de pelo, qué ropa traía y una foto.
3	Las autoridades tienen la obligación de hacer una ficha de búsqueda con todos estos datos y difundirla en redes sociales.
4	Haz fotocopias y compártelas en todos los lugares que puedas: en redes sociales y en las zonas en donde vieron a la persona por última vez.
5	Pregunta a todas las personas que puedan saber dónde está: familia, amistades de la escuela, del deporte, quienes lo conozcan. Comparte esta información con la fiscalía.
6	Busca colectivos de familiares de personas desaparecidas. Únete a sus grupos, te pueden acompañar durante el proceso.
7	Es tu derecho solicitar información a la fiscalía sobre cómo va el proceso de investigación.

¿Necesitas más información? Ve los videos donde Chuchi explica más sobre qué hacer: <https://www.youtube.com/c/DerechosInfanciaREDIM>

Sí estás en una situación así, acuérdate de que no eres sólo tú. Somos mucha gente quienes en este país, como si fuéramos una familia, buscamos a nuestras personas desaparecidas.



3 Ayuda a Chuchi a llevarle a Saúl el calcetín de Sandra.



4 ¿Tú qué tal eres para buscar?
Encuentra las diferencias entre las dos
imágenes y mácalas con un círculo.



RED:M

Red por los Derechos
de la Infancia en México